

EL MENSAJERO.—¡Júbilo para mí y para la ciudad, libre de su azote! Mis ojos se deleitan en agradable espectáculo. Veo á los hijos de mi Soberano, á mis Príncipes, en amistoso coloquio, estrechándose la mano, y cuando los dejé luchaban entre sí furiosos.

D. CÉSAR.—Contemplas el afecto, elevándose, como el ave fénix, de las llamas del odio.

EL MENSAJERO.—Nueva ventura añadiré yo á la que dices. De mi bastón de mensajero brotan también verdes ramas.

D. CÉSAR. (Llevándolo aparte.)—Oigamos tu mensaje.

EL MENSAJERO.—Acumúlanse en el espacio de un solo día todas las dichas posibles. La que se había perdido, la que buscábamos, se ha encontrado, señor, y no está lejos.

D. CÉSAR.—¿Se ha encontrado? ¡Oh! ¿En dónde está? ¡Habla!

EL MENSAJERO.—Ocultase aquí en Mesina, señor.

D. MANUEL. (Volviéndose al primer semicoro.)—Vivo rubor brilla en las mejillas de mi hermano, y sus ojos despiden relámpagos de alegría. Ignoro la causa, pero indican el placer, y siéntolo yo como él lo siente.

D. CÉSAR. (Al Mensajero.)—¡Ven; llévame!... ¡Adiós, Manuel! Nos veremos de nuevo en los brazos de nuestra madre. Una ocupación urgente exige fuera de aquí mi presencia. (Hace ademán de irse.)

D. MANUEL.—No lo dilates, y que la fortuna te acompañe.

D. CÉSAR. (Que reflexiona, y vuelve.)—¡Manuel! Más de lo que puedo expresar, me complace tu vista... Sí; presiento que nos amaremos como dos amigos cordiales; nuestra mutua inclinación, largo tiempo contenida, será más estrecha, y mucho más duradera bajo el influjo de este astro benéfico. Repararemos los días perdidos.

D. MANUEL.—Las flores anuncian ópimo fruto.

D. CÉSAR.—No está bien. Lo creo así, y yo mismo reprobó el arrancarme ahora de tus brazos. No pienses que

deploro menos que tú verme obligado á abreviar tan precipitadamente esos solemnes y gratos momentos.

D. MANUEL. (Distraído.)—Aprovecha la ocasión. A nuestro afecto pertenece desde hoy la vida entera de ambos.

D. CÉSAR.—Si yo te revelase la causa de mi ausencia...

D. MANUEL.—Déjame tu corazón! ¡Guarda tu secreto!

D. CÉSAR.—Ningún misterio debe en adelante separarnos. Pronto se levantará el último velo. (Volviéndose al coro.) Desde ahora os lo digo para que todos lo sepáis: termino la contienda con mi querido hermano. Declaro mi enemigo mortal y mi ofensor, y detestaré como al infierno, á quien intente encender de nuevo la extinguida llama de nuestras discordias... Que no se lisonjee de complacerme ó de granjearse mi gratitud el que me hable mal de mi hermano, ó el que, arrastrado por celo indiscreto, deslice á mis oídos las rápidas flechas de la calumnia... No echan raíces en los labios las palabras irreflexivas, inspiradas por la cólera; pero cuando son recogidas por la sospecha, se arrastran como plantas trepadoras, crecen y se desarrollan en espeso ramaje por el árbol del corazón. Así los buenos y los mejores, incurrn en faltas irreparables. (Abraza de nuevo á su hermano, y se va, seguido del segundo coro.)

## ESCENA VII.

D. MANUEL y el PRIMER CORO.

EL CORO. (Cayetano.)—Alónito en sumo grado, oh señor, te considero, y hoy casi no te conozco. Apenas contestas con parsimonia á las frases afectuosas de tu hermano, que te sale al encuentro con tanta benevolencia como sinceridad. Absorto te observo ahí en tus pensamien-

tos, á fuer de visionario, como si sólo estuviese aquí tu cuerpo y lejos tu alma. Quien te viese así, podría reconvenirtte por tu frialdad, y por tu orgullo y tu despego. Yo no debo calificarte de insensible, porque pareces tranquilo, como lo es el hombre feliz, y la sonrisa vaga en tus labios.

D. MANUEL.— ¿Qué decir? ¿Qué he de responder? Mi hermano podrá encontrar palabras. Un sentimiento desconocido se ha apoderado de él. Noto que el antiguo odio ha desaparecido de su pecho, y se sorprende del cambio ocurrido en sus sentimientos. Yo... no conservaba ya ese odio, y apenas puedo explicarme el origen de nuestros combates sangrientos. Mi alma, llevada en alas de la alegría, se eleva muy alto sobre todas las cosas terrestres; y en el océano de luz que me rodea, todas las nubes, todas las asperezas de la vida, se han desvanecido y nivelado. Miro estos salones, estos aposentos suntuosos, y reflexiono en la alegre sorpresa, que han de causar á mi prometida, cuando, como princesa soberana, la traiga por las puertas de este palacio... Todavía sólo quiere á su amante. Se ha entregado á un extranjero, á un hombre oscuro. No sabe que D. Manuel es Príncipe de Mesina, y que ceñirá sus bellas sienes con diadema de oro. ¡Cuán grato es hacer feliz á quien se adora, y, cuando no se espera, rodearla de aparato y de grandeza! Harto tiempo me he visto privado de ese placer, y su belleza será siempre su gala más preciada: pero el lujo puede también realzarla, como realza al diamante el engaste de oro.

EL CORO. (*Cayetano.*)— Observo, oh señor, que, después de tan prolongado silencio, rompes al fin el sello, que cerraba tus labios. Seguíate ha tiempo con ojos curiosos, presumiendo que había algún misterio sorprendente; pero no osaba preguntarte lo que mantenías oculto á mis miradas. No te atraían ya los alegres placeres de la caza, ni las carreras de caballos, ni el vuelo de los halcones. Ta

separas de tus compañeros en cuanto se presenta el sol en el horizonte, y ninguno de nosotros, que te seguía siempre en la guerra y en la caza, puede acompañarte por sendas solitarias. ¿Por qué no nos has descubierto hasta hoy, con harta malevolencia, la dicha de tu amor? ¿Qué obliga al potentado á disimular así? Porque el miedo nada puede en tu magnánimo corazón.

D. MANUEL.— Alas tiene la dicha, y es difícil de sujetar. Sólo bajo arca cerrada es posible retenerla. El silencio es su guardián, y huye veloz cuando irreflexiva indiscreción levanta la tapa que la cubre. Pero ahora, estando yo próximo á lograr mi objeto, puedo revelar ese misterio, y quiero hacerlo. Será mía cuando el sol de mañana nos envíe sus primeros rayos, y los demonios envidiosos nada podrán intentar contra mí. Ya no llegaré á su lado á hurtadillas, ni robaré el sabroso fruto de su amor, ni atraparé la dicha al paso. El mañana será tan venturoso como el hoy, no como los relámpagos que brillan de repente, y de repente desaparecen en las tinieblas. Mi felicidad será como la corriente del arroyo, como la arena del reloj, igual y constante.

EL CORO. (*Cayetano.*)— Dinos, pues, oh señor, quién te ha colmado de dicha en silencio, para que celebremos tu envidiable fortuna, y honremos dignamente á la prometida de nuestro Príncipe. ¿En dónde la encontraste? en dónde la ocultas? ¿en qué lugar misterioso de esta región? Porque en tropel hemos recorrido, yendo de caza, las sendas más estraviadas de toda la isla, y ninguna huella tuya nos ha indicado tu presencia, de suerte que casi pudiera creer que la envuelve encantada nube.

D. MANUEL. Yo desharé ese encanto, por que el sol alumbrará hoy á lo que estaba oculto. Oid, pues, y sabréis lo que me sucedió. Hace cinco lunas, cuando el poder de mi padre se extendía aún por todo este país, y encorbaba á

la juventud bajo su yugo... no conocía yo otro placer que el feroz de las armas, y el recreo bélico de la montería... Habíamos cazado un día entero por montes y espesuras... cuando, persiguiendo una cierva blanca, me alejé mucho de vosotros. El tímido animal hufa por las sinuosidades del valle, por abismos y umbrías, y por cañadas sin senda. Veíala siempre á tiro delante de mí, pero ni podía alcanzarla ni tirarla, hasta que, por último, desapareció de mi vista, atravesando las puertas de un jardín. Bajé precipitadamente de mi caballo, y la seguí, y ya esgrimía mi dardo, cuando observé atónito al asustado animal, que yacía temblando á los pies de una monja, y recibía sus tiernas caricias. Quedé inmóvil contemplando este portento, con la jabalina en la mano, pronto á dispararla; pero la monja me miró suplicante con sus hermosos ojos, y así estuvimos callados algún tiempo... No puedo decir si duró no mucho esta confusión mutua, porque toda medida de tiempo desapareció de mi mente. Su mirada penetró hasta lo más profundo de mi alma, y mis sentimientos experimentaron un completo trastorno... Lo que yo dije; lo que me respondió esa criatura angelical, que nadie me lo pregunte, porque todo ha sido para mí como un sueño de los primeros días de mi infancia, y cuando volví en mi acuerdo sentí su corazón latiendo junto al mío. Oí entonces el claro táfido de una campana tocando á la oración; y con la misma rapidez, con que un espectro desaparece en los aires, así se desvaneció, y no la ví más.

EL CORO. (*Cayetano.*)—De miedo, oh señor, me llena tu narración. Has cometido un sacrilegio, tus deseos mundanales han profanado á la desposada de Cristo, y terriblemente venerandos son los deberes del claustro.

D. MANUEL.—Sólo una senda podía desde entonces seguir. Mis deseos vacilantes y varios se fijaron, y mi vida tuvo ya un fin único. Del mismo modo que se vuelve al

Oriente el peregrino, en donde luce el astro que lo guía. así mi afán y mi esperanza se dirigen hacia ese sereno punto del cielo. Ni un solo día salió del mar el sol y tornó á esconderse en él, que no se viesen dos amantes dichosos. El lazo, que ceñía á nuestros corazones, se había apretado más y más, y sólo el cielo, que todo lo ve, era el confidente de nuestra ventura misteriosa. Ningún servicio teníamos que pedir á los hombres. ¡Fueron horas incomparables; días de gloria! No cometí ningún sacrilegio, porque ningún voto había ligado su corazón, y me lo dió á mí para siempre.

EL CORO. (*Cayetano.*)—¿El claustro era, pues, sólo mansión libre de su tierna juventud, no tumba de su vida?

D. MANUEL.—Era una prenda sagrada, que se había confiado á la casa de Dios, y que se rescataría más adelante.

EL CORO. (*Cayetano.*)—Pero ¿de qué sangre se vanagloria descender? Porque sólo de nobles viene el noble.

D. MANUEL.—Ella misma es un misterio para sí, y ni conoce cuál es su linaje, ni cuál su patria.

EL CORO. (*Cayetano.*)—¿Y no hay señal ninguna, que indique la fuente desconocida de su ser?

D. MANUEL.—Que es noble, lo confiesa el hombre, que tiene noticia de su nacimiento.

EL CORO. (*Cayetano.*)—¿Quién es ese hombre? Ninguna consideración me detiene, porque sólo con conocimiento de causa podré aconsejarte útilmente.

D. MANUEL.—Visítala un viejo servidor de tarde en tarde; el único intermediario entre ella y su madre.

EL CORO. (*Cayetano.*)—¿Y nada preguntaste á ese anciano? Porque la vejez es cobarde y habladora.

D. MANUEL.—Jamás me he arriesgado á satisfacer mi curiosidad, por no poner en peligro mi misteriosa dicha.

EL CORO. (*Cayetano.*)—¿Y qué decía cuando visitaba á esa doncella?

D. MANUEL.—La ha consolado, asegurándole que vendrá el tiempo, en que será descifrado este enigma.

EL CORO. (*Cayetano.*)—¿Y ese tiempo, que descubrirá ese misterio, no lo ha indicado como próximo?

D. MANUEL.—Hace pocos meses el anciano le amenazó con una pronta mudanza de su suerte.

EL CORO. (*Cayetano.*)—¿Dices que amenazó? ¿Temes, por tanto, saber alguna noticia que no te regocije?

D. MANUEL.—Cualquiera cambio asusta al dichoso; pero si nada se espera ganar, la pérdida es posible.

EL CORO. (*Cayetano.*)—Pero ese descubrimiento, que temes, podría ser favorable á tu amor.

D. MANUEL.—También pudiera destruir mi ventura; opté por lo más seguro, que era prevenirlo.

EL CORO. (*Cayetano.*)—¿Cómo, señor? ¿Me llenas de espanto, y temo alguna resolución imprudente!

D. MANUEL.—Ya, desde el mes pasado, el anciano dió á entender, por ciertas señales misteriosas, que no estaba lejano el día, en que sería devuelta á los suyos. Desde ayer habló más claramente, aludiendo al día inmediato... y hoy es ese día... que ha de decidir de su destino. No hay momento que perder, y mi resolución fué tan rápida como su cumplimiento. Robé esta noche á la doncella, y la oculté en Mesina.

EL CORO. (*Cayetano.*)—¿Qué acción tan atrevida, tan temeraria y tan criminal! ¿Perdonad, oh señor, mi libre censura! Tal es, sin embargo, el derecho de la edad más prudente, cuando la fogosa juventud olvida su deber.

D. MANUEL.—No lejos del monasterio de las religiosas, en tranquilo y apartado jardín, inaccesible á los curiosos, me separé de ella hace poco, corriendo aquí á reconciliarme con mi hermano. Dejéla llena de inquietud y de temor; y nada menos le espera que ser presentada en Mesina, con todo el esplendor de una Princesa, y ascender á un trono

glorioso. No volverá á verme sino en toda la pompa de mi grandeza y de mi poder, y solemnemente acompañado de vosotros mis caballeros. No quiero que la esposa de D. Manuel se acerque á la madre, que he de darle, como una fugitiva sin patria. Entrará en el palacio de mis padres como conviene á su elevado rango.

EL CORO. (*Cayetano.*) ¡Manda, señor! Nosotros aguardamos tus órdenes.

D. MANUEL.—Me he arrancado de sus brazos, pero ella sola será el único objeto de mi pensamiento. Ahora me acompañaréis al bazar, en donde venden los moros las ricas telas y delicadas obras de arte, que produce el Oriente. Elegid primero las finas sandalias, que han de proteger y adornar sus pies diminutos; después los vestidos indios de artístico tejido, blancos y brillantes como la nieve del Etna, la más próxima á la luz del sol... para que envuelvan, como el vapor de la aurora, su esbelto talle y miembros juveniles. Será de púrpura, bordada con sutiles hilos de oro, el cinturón que ha de sujetar su túnica bajo su púdico seno. Escoged además un manto de reluciente seda, de color de púrpura vivo, que sujete en sus hombros broche de oro... No olvidéis los brazaletes, que han de rodear sus brazos seductores, ni tampoco los aderezos de perlas y corales, maravillosos dones de la diosa de los mares. Una diadema sujetará sus rizos, sembrada de las piedras más preciosas, de suerte que el rubí, color de fuego, mezcle con la esmeralda sus resplandores. Largo velo cubra y orne su cabeza y penda de su tocado, que, como serena y brillante nube, envuelva sus refulgentes vestiduras; y una corona virginal de mirto complete tan elegante conjunto.

EL CORO. (*Cayetano.*)—Se hará, señor, lo que mandas, porque todo eso, perfecto y al alcance de cualquiera, está expuesto en el bazar.

D. MANUEL.—Que saquen de mis caballizas la más

apuesta hacanea; ha de ser blanca, como los caballos del Sol, de púrpura su manta, y las bridas y los arneses llenos de piedras preciosas, porque está destinada á mi Reina. Vosotros preparaos á acompañar á vuestra soberana con toda la pompa propia de caballeros, y al són de músicas alegres. Yo mismo voy ahora á cuidar del arreglo de estos detalles; vos de vosotros me seguirán, y los otros han de aguardarme... Y reservad en el fondo de vuestro pecho cuanto nacéis oído, hasta que yo rompa el sello, que cierra vuestros labios. (Vase con dos del coro.)

### ESCENA VIII.

EL CORO. (*Cayetano.*)—Decidme, ¿qué haremos ahora, habiendo terminado la lucha entre los Príncipes, para ocupar el vacío de las horas, y tan largo y tan infinito tiempo? Menester es que el hombre tema, espere y desee algo, para soportar los rigores de la suerte, y romper la triste monotonía de su existencia, y para que soplo consolador agite la uniformidad cansada de la vida.

UNO DEL CORO. (*Manfredo.*)—Grata es la paz. Amable como un niño, yace á la orilla de riachuelo risueño, y los córdeos saltan gozosos á su alrededor sobre los cerros bañados por el sol y toca dulcemente el caramillo, al cual contesta el eco de la montaña, ó se duerme al ponerse el astro del día al són de los murmullos de la fuente... Pero la guerra tiene también su honor, y es poderoso agente de los destinos humanos. Me agrada la vida activa, las vacilaciones, los sobresaltos y el movimiento sobre las olas, ya enrespadas, ya tranquilas, de la fortuna.

Porque el hombre se afequina en la paz, y la ociosidad y el descanso es la tumba del valor. La ley es amiga del

débil; por todas partes se extiende un nivel, y el mundo entero se trocaría en tersa superficie. La guerra revela la fuerza, todo se eleva con ella á extraordinaria altura, y y hasta da bríos al cobarde.

UN SEGUNDO. (*Berenguer.*)—¿No están abiertos los templos del amor? ¿El orbe no ama la belleza? ¡Ahí está el temor! ¡Aquí la esperanza! Rey es aquí quien se capta el amor general. También el amor anima la vida, y horra sus colores sombríos. Engaña seductora los años dichosos la hija complaciente de la espuma, y con lo trivial y con lo triste entreteje imágenes de los más dulces ensueños.

UN TERCERO. (*Cayetano.*)—Resérvese la flor para la ardiente primavera; brille la belleza, y teja guirnaldas para ornar los rizados cabellos de la floreciente juventud. Al hombre formal conviene servir á deidad más grave.

EL PRIMERO. (*Manfredo.*)—A la casta Diana, á la amiga de la caza, seguiremos, si os place, por los ásperos montes, en donde las umbrías imitan la noche, y en donde los corzos se precipitan de las rocas. La caza es la imagen de la guerra, y la esposa prometida del adusto Dios de las batallas... Levantámonos al asomar la Aurora, cuando la resonante trompa nos llama al húmedo valle, al monte, á los precipicios, y á bañar nuestros cansados miembros en las olas de un aire benéfico.

EL SEGUNDO. (*Berenguer.*)—¿O nos confiamos á la Diosa cerúlea, siempre en movimiento, que, en su espejo límpido y sereno, nos invita á su seno sin límites? ¿Construimos sobre las inestables ondas buque alegre y ligero? Quien surca la superficie azulada y cristalina con la quilla veloz de su bajel, contrae himeneo con la fortuna, dueña del mundo, y sin sembrar coge rica cosecha. El mar es el imperio de la esperanza, y el reino caprichoso del azar. E rico se trueca pronto en pobre, y el más miserable se iguala á los rí cipes. Así como el aire, con la rapidez del

pensamiento, recorre en breve todos los ámbitos del espacio, así también mudan aquí los embates de la casualidad, y gira la rueda de la fortuna, porque todo es ola sobre las olas, y la propiedad una ilusión en ellas.

EL TERCERO. (*Cayetano.*)—Pero no es sólo en el imperio de las ondas, sobre las corrientes instables del abismo, en donde vacila la suerte y no se detiene, que también se agita sin cesar en la tierra, no obstante las fuertes columnas que la sustentan... Inquiétame esta nueva paz, y no me inspira grata confianza. No quisiera levantar mi cabaña sobre la lava despedida del volcán. El odio ha penetrado en lo profundo, y han ocurrido harto graves sucesos, para que se abandonen y se olviden. Aun no he sido testigo de su término, y me acometen tristes presentimientos. No osan profetizar mis labios, pero me desplace sobremanera este misterio, este himeneo sin bendición, estos senderos tortuosos y oscuros del amor, este rapto temerario del convento. Lo bueno sigue el camino trillado, y la semilla dañada produce frutos aviesos.

EL SEGUNDO. (*Berenguer.*) Como todos sabemos, en virtud de otro rapto, la esposa de nuestro anterior soberano compartió su tálamo criminal, porque su padre la había elegido para él. Y el abuelo, instigado por la ira, dejó caer semilla horrible de espantosas maldiciones en el lecho conyugal. Nefandos é inauditos crímenes se ocultan en este palacio.

EL CORO. (*Cayetano.*)—Sí; malos son los principios, creedme, y los fines serán iguales, porque toda acción hija de la ciega cólera ha de expiarse bajo el sol. Ni es azar ni suerte incomprensible que hermanos se destruyan furiosos, porque fué maldito el seno de su madre, y de él había de nacer el odio y la discordia... Pero debo callarme y ocultarlo, porque los Dioses vengadores castigan en silencio; y será ocasión de llorar esas desventuras cuando se aproximen y sucedan. (*Vase el coro*)

## ACTO SEGUNDO

### ESCENA PRIMERA.

La escena es un jardín, que deja ver la mar.

BEATRIZ sale de un pabellón inmediato, va y viene, mirando á todas partes. De improviso se detiene y escucha.

BEATRIZ.—No es él... Era el soplo del viento, que murmuraba en las copas de los pinos. Ya el sol se inclina hacia el horizonte, y las horas se deslizan para mí perezosas, y me acomete frío temblor, y hasta el mismo silencio me asusta. En cuanto alcanza mi vista, nada parece, y me deja atormentarme aquí, llena de angustia.

Cerca escucho, como si fuese espumosa cascada, el ruido de la ciudad populosa; lejos muge el vasto mar, azotando sin cesar sus riberas. Todos los horrores me asedian, y me confieso débil en medio de esta grandeza tremenda, y temblorosa, como la hoja del árbol, me pierdo en el espacio infinito.

¿Por qué abandoné yo mi tranquila celda? En ella vivía sin afanes ni cuidados. Mi corazón estaba en paz, como la